

violencia á la buena gobernacion en cien cosas, por salir con una cosa sola que les agrada.

»Y aun están algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que caen una de las quebranta otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen á lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia y por el dechado de toda la buena gobernacion; como, si sirviera para nuestro propósito, lo pudiera yo agora mostrar por muchos ejemplos. Pues quedando esto así, para conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este brazo suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenia y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque, conocido lo mucho y lo dificultoso que se habia de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenia, y conocido cómo las unas partes dello impedían la ejecucion de las otras, y vista la forma y facilidad, y si conviene decirlo así, la destreza con que Dios por Cristo proveyó á todo y lo hizo como de un golpe, quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios y la razon justísima que tiene para llamar á Cristo brazo suyo y valentía suya.

»Deciamos pues hoy que Lucifer, enamorado vanamente de sí, apeteció para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesucristo, y deciamos que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios y mortal envidia contra los hombres, y deciamos que movido y aguzado de aquestas pasiones, procuró poner todas sus mañas é ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que, apartado dél, ni el hombre viniese á la felicidad que se le aparejaba, ni Dios trujese á fin próspero su determinacion y consejo; y que así persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios, y que el hombre le traspasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabia que Dios no podia no cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el día que traspasase su ley. Pues digo agora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruido el hombre, puesto por esta manera en desorden y en confusion el consejo de Dios, y quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio, pertenecia al honor y á la grandeza de Dios que volviese por sí y que pusiese en todo conveniente remedio, y ofreciase juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes y casi contrarias entre sí, que pedian remedio.

»Porque lo primero el hombre habia de ser castigado y habia de morir, porque de otra manera no cumplia Dios ni con su palabra ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, habia de vivir el hombre y habia de ser remediado. Lo tercero convenia tambien que Lucifer fuese tratado conforme á lo que merecia su hecho y osadía, en la cual habia mucho que considerar; porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no solo pretendió apartarle de Dios, sino sujetarle á su tirania, haciéndose él se-

ñor y cabeza por razon del pecado. Y demás desto, procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras, y con sus mismas armas vencerle. Por lo cual, para que fuese conveniente el castigo destes excesos, y para que se fuesen respondiendo bien la pena y la culpa, la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y asimismo, porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia, la pena propia del demonio, envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber cutido con Dios en el saber y en el aviso no recibia su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese á sí y á su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensando valerse.

»Y en consecuencia desto, si se podia hacer, convenia mucho á Dios hacerlo, que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasion y lo otro causa de su mayor bienandanza, y que viviese verdaderamente el hombre por haber habido muerte, y por haber habido miseria y pena y dolor viniese á ser verdaderamente dichoso, y que la muerte y la pena, por donde á los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trujese á debida ejecucion el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que, segun su imaginacion, le importaba; y sobre todo, cumplia que en la ejecucion y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder ni quebrantase la suave orden y trabazon de sus leyes, sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo. Esto pues habia en la maldad del demonio y en la miseria y caída del hombre y en el respeto de la honra de Dios, y cada una destas cosas, para ser debidamente ó castigada ó remediada, pedia la orden que he dicho, y no cumplia consigo misma y con su reputacion y honor la potencia divina si en algo desto faltaba, ó si usaba en la ejecucion dello de su poder absoluto.

»Mas, pregunto, ¿qué hizo? ¿Enfadóse por aventura de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado del enfadándose? De ninguna manera. ¿Dió por caso salida y remedio á lo uno, y dejó sin medicina á lo otro, impedido de la dificultad de las cosas? Antes puso recaudo en todas. ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia. ¿Fueron por dicha grandes ejércitos de ángeles los que juntó para ello? ¿Movió guerra al demonio á la descubierta y en batalla campal, y partida, le venció y le quitó la presa? Con solo un hombre venció. ¿Qué digo un hombre? Con solo permitir que el demonio pusiese á un hombre en la cruz y le diese allí muerte, trujo á felicísimo efecto todas las cosas que arriba dije juntas y enteras. Porque verdaderamente fué así, que solo el morir Cristo en la cruz, adonde subió por su permission y por las manos del demonio y de sus ministros, por ser persona divina la que murió y por ser la naturaleza humana en que murió inocente y de todo pecado libre, y santísima y perfectísima, y por

naturaleza de nuestro metal y linaje, y naturaleza dotada de virtud general, y de fecundidad para engendrar nuevo ser y nacimiento en nosotros, y por estar nosotros en ella por esta causa como encerrados.

»Así que, aquella muerte por todas aquestas razones y títulos, conforme á todo rigor de justicia, bastó por toda la muerte á que estaba el linaje humano obligado por justa sentencia de Dios, y satisfizo cuanto es de su parte por todo el pecado, y puso al hombre no solo en libertad del demonio, sino tambien en la inmortalidad y gloria y posesion de los bienes de Dios. Y porque puso el demonio las manos en el inocente y en aquel que por ninguna razon de pecado le estaba sujeto, y pasó ciego la ley de su orden, perdió justísimamente el vasallaje que sobre los hombres por su culpa dellos tenia, y le fueron quitados como de entre las uñas mil queridos despojos, y él mereció quedar por esclavo sujeto de aquel que mató, y el que murió, por haber nacido sin deber nada á la muerte, no solo en su persona, sino tambien en las de sus miembros, acocea como á siervo rebelde y fugitivo al demonio. Y quedó desta manera, por pura ley, aquel soberbio y aquel orgulloso y aquel enemigo y sangriento tirano abatido y vencido. Y el que malá y enganosamente al sencillo y flaco hombre, prometiéndole bien, habia hecho su esclavo, es agora pisado y hollado del hombre, que es ya su señor, por el merecimiento de la muerte de Cristo. Y para que el malo reviente de envidia, aquellos mismos á quien envidió y quitó el paraíso en la tierra, en Cristo los ve hechos una misma cosa con Dios en el cielo. Y porque presumia mucho de su saber, ordenó Dios que él por sus mismas manos se hiciese á sí mismo aqueese gran mal, y con la muerte que él habia introducido en el mundo, dándola á Cristo, dió muerte á sí y dió vida al mundo. Y cuando mas el desventurado rabiare y se despechare, y ansioso se volviere á mil partes, no podrá formar queja sino es de sí solo, que buscando la muerte á Cristo, á sí se derrocó á la miseria extrema, y al hombre, que aborrecia, sacándole de esta miseria, le levantó á gloria soberana, y esclareció y engrandeció por extremo el poder y saber de Dios, que es lo que mas al enemigo le duele.

»Oh grandeza de Dios nunca oida! Oh sola verdadera muestra de su fuerza infinita y de su no medido saber! ¿Qué puede calumniar aquí agora el judío, ó qué armas le quedan con que pueda defender mas su error? ¿Puede negar que pecó el primer hombre? ¿No estaban todos los hombres sujetos á muerte y á miseria, y como cautivos de sus pecados? ¿Negará que los demonios tiranizaban el mundo? O ¿dirá por ventura que no le tocaba al honor y bondad de Dios poner remedio en este mal, y volver por su causa, y derrocar al demonio, y redimir al hombre y sacarle de una cárcel tan fierá? O ¿será menor hazaña y grandeza vencer este leon, ó menos digna de Dios, que poner en huida los escuadrones humanos y vencer los ejércitos de los hombres mortales? O ¿hallará, aunque mas se desvela, manera mas eficaz, mas cabal, mas breve, mas sábia, mas honrosa, ó en quien mas resplandezca toda la sabiduría de Dios, que esta de que, como decimos, usó, y de que usó en realidad de verdad, por medio del esfuerzo y de

la sangre y de la obediencia de Cristo? O si son famosos entre los hombres y de claro nombre los capitanes que vencen á otros, ¿podrá negar á Cristo infinito y esclarecidísimo nombre de virtud y valor, que acometió por sí solo una tan alta empresa, y al fin le dió cima?

»Pues todo aquesto que habemos dicho obró y mereció Cristo muriendo, y despues de muerto, poniéndolo en ejecucion, despojó luego el infierno, abajando á él, y pisó la soberbia de Lucifer y encadenóle, y volviendo el tercero día á la vida, para no morir mas, rodeado de sus despojos, subió triunfando al cielo, de donde el soberbio cayó, y colocó nuestra sangre y nuestra carne en el lugar que el malvado apeteció á la diestra de Dios; y hecho señor, en cuanto hombre, de todas las criaturas, y juez y salud dellas para poner en efecto en ellas y en nosotros mismos la eficacia de su remedio, y para llevar á sí y subir á su mismo asiento á sus miembros, y para el fuerte tirano que encadenó y despojó en el infierno, quitarle de la posesion malvada y de la adoracion injusta que se usurpaba en la tierra, envió desde el cielo al suelo su espíritu sobre sus humildes y pequeños discípulos, y armándolos con él, les mandó mover guerra contra los tiranos y adoradores de ídolos, y contra los sábios vanos y presuntuosos, que tenia por ministros suyos el demonio en el mundo. Y como hacen los grandes maestros, que lo mas dificultoso y mas principal de las obras lo hacen ellos por sí, y dejan á sus obreros lo de menos trabajo, así Cristo, vencido que hubo por sí y por su persona al espíritu de la maldad, dió á los suyos que moviesen guerra á sus miembros. Los cuales discípulos la movieron osadamente y la vencieron mas esforzadamente, y quitaron la posesion de la tierra al príncipe de las tinieblas, derrocando por el suelo su adoracion y su silla.

»Mas ¿cuántas proezas comprehende en sí aquesta proeza? Y aquesta nueva maravilla ¿cuántas maravillas encierra? Pongamos delante de los ojos del entendimiento lo que ya vieron los ojos del cuerpo, y lo que pasó en hecho de verdad en el tiempo pasado figurémoslo agora. Pongamos de una parte doce hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor, bajos de suelo, humildes de condicion, simples en las palabras, sin letras, sin amigos y sin valedores; y luego de la otra parte pongamos toda la monarquía del mundo, y las religiones ó persuasiones de religion que en él estaban fundadas por mil siglos pasados, y los sacerdotes dellas y los templos, y los demonios que en ellos eran servidos, y las leyes de los príncipes, y las ordenanzas de las repúblicas y comunidades, y los mismos príncipes y repúblicas; que es poner aquí doce hombres humildes, y allí todo el mundo y todos los hombres y todos los demonios, con su saber y poder.

»Pues una maravilla es, y maravilla que, si no se viera por vista de ojos, jamás se creyera, que tan pocos osasen mover contra tantos; y ya que movieron, otra maravilla es que, en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendia en los corazones contrarios, y en viendo el coraje y fiereza y amenazas dellos, no desistiesen de su pretension; y maravilla es que tuviese ánimo un hombre pobrecillo y extraño de entrar en Roma, digamos agora, que entonces tenia el cetro del mundo,

y era la casa y morada donde se asentaba el imperio; así que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre y decir á voces en sus plazas della que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados era vanidad y maldad; y maravilla es que una tal osadía tuviese suceso, y que el suceso fuese tan feliz como fué es maravilla que vence el sentido. Y si estuvieran las gentes obligadas por sus religiones á algunas leyes dificultosas y ásperas, y si los apóstoles los convidaran con deleite y soltura, aunque era dificultoso mudarse todos los hombres de aquello en que habían nacido, y aunque el respeto de los antepasados de quien lo heredaron, y la autoridad y dicho de muchos excelentes en elocuencia y en letras que lo aprobaron, y toda la costumbre antigua é inmemorial, y sobre todo, el comun consentimiento de las naciones todas, que convenían en ello, les hacía tenerlo por firme y verdadero; pero, aunque romper con tantos respetos y obligaciones era extrañamente difícil, todavía se pudiera creer que el amor demasiado con que la naturaleza lleva á cada uno á su propia libertad y contento había sido causa de una semejante mudanza.

»Mas fué todo al revés, que ellos vivían en vida y religión libre y que alargaba la rienda á todo lo que pide el deseo; y los apóstoles, en lo que toca á la vida, los llamaban á una suma aspereza, á la continencia, al ayuno, á la pobreza, al desprecio de todo cuanto se ve; y en lo que toca á la creencia, les anunciaban lo que á la razón humana parece increíble, y decíanles que no tuviesen por dioses á los que les dieron por dioses sus padres, y que tuviesen por Dios y por hijo de Dios á un hombre á quien los judíos dieron muerte de cruz; y él, muerto en la cruz, dió vigor no creíble á aquesta palabra. Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió, maravilloso en la presteza con que vino á crecimiento, y mas maravilloso en el grandísimo crecimiento á que vino, y sobre todo, maravilloso en la forma y manera como vino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los apóstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos y hechos un cuerpo y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y de allí, peleando, sujetaran á sí la comarca, y poco á poco, cobrando mas fuerzas, ocuparan un reino, y como á Roma le aconteció, que, hecha señora de Italia, movió guerra á toda la tierra; así ellos, hechos poderosos y guerreando vencieran el mundo y le mudaran sus leyes; si así fuera, menos fuera de maravillar. Así subió Roma á su imperio, así tambien la ciudad de Cartago vino á alcanzar grande poder; muchos poderosos reinos crecieron de semejantes principios; la secta de Mahoma, falsísima, por este camino ha cundido, y la potencia del Turco, de quien agora tiembla la tierra, principio tuvo de ocasiones mas flacas; y finalmente, desta manera se esfuerzan y crecen y sobrepujan los hombres unos á otros.

»Mas nuestro hecho, porque era hecho verdaderamente de Dios, fué por muy diferente camino. Nunca se juntaron los apóstoles y los que creyeron á los após-

toles para acometer, sino para padecer y sufrir; sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían, y muriendo vencían; cuando caían en el suelo degollados nuestros maestros se levantaban nuevos discípulos, y la tierra, cobrando virtud de su sangre, producía nuevos frutos de fe, y el temor y la muerte, que se espanta naturalmente y aparta, atraía y acodiciaba á las gentes á la fe de la Iglesia; y como Cristo muriendo venció, así, para mostrarse brazo y valentía verdadera de Dios, ordenó que hiciese alarde el demonio de todos sus miembros, y que los encendiese en crueldad cuanto quisiese, armándolos con hierro y con fuego, y no les embotó las espadas, como pudiera, ni se las quitó de las manos, ni hizo á los suyos con cuerpos no penetrables al hierro, como dicen de Aquiles; sino antes se los puso, como suelen decir, en las uñas, y les permitió que ejecutasen en ellos toda su crueldad y fiereza y lo que vence á toda razón, muriendo los fieles, y los infieles dándoles muerte, diciéndoles los infieles matemos, y los fieles diciendo muramos, pereció totalmente la infidelidad y creció la fe, y se extendió cuanto es grande la tierra.

»Y venciendo siempre, á lo que parecía, nuestros enemigos, quedaron, no solo vencidos, sino consumidos del todo y deshechos, como lo dice por hermosa manera Zacarías, profeta (a): —Y será este el azote con que herirá el Señor á todas las gentes que tomaren armas contra Jerusalem; la carne de cada uno, estando él levantado y sobre sus piés, deshecha se consumirá, y tambien sus ojos, dentro de sus cuencas sumidos, serán hechos marchitos, y secaráseles la lengua dentro de la boca.—Adonde, como veis, no se dice que había de poner otro alguno las manos en ellos para darles la muerte, sino que ellos de suyo se habían de consumir y secar y venir á menos, como acontece á los éticos, y que habían de venir á caer de suyo, y esto, al parecer, no derrocados por otros, sino estando levantados y sobre sus piés. Porque siempre los enemigos de la Iglesia ejecutaron su crueldad contra ella y quitaron á los fieles cuantas veces quisieron las vidas, y pisaron victoriosos sobre la sangre cristiana; mas tambien aconteció siempre que, cayendo los mártires, venían al suelo los ídolos y se consumían los martirizadores gentiles, y multiplicándose con la muerte de los unos la fe de los otros, se levantaban y acrecentaban los fieles, hasta que vino á reinar en todos la fe.

»Vengan agora pues los que se ceban de solo aquello que el sentido aprehende, y los que, esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra, porque algunas palabras lo suenan así; y si no quieren creer la victoria secreta y espiritual y la redención de las ánimas, que servían á la maldad y al demonio, que obró Cristo en la cruz, porque no se ve con los ojos, y porque ni ellos para verlo tienen los ojos de fe que son menester, esto á lo menos que pasó y pasa públicamente y que lo vió todo el mundo, la caída de los ídolos y la sujeción de todas las gentes á Cristo, y la manera como las sujetó y las venció. Pues vengan y digánnos si les parece aqueste hecho pequeño ó usado ó visto otra vez, ó siquiera imaginado como posible el

(a) Zachar., 14, v. 12.

poder de este hecho antes que por el hecho se viese; digánnos si responde mejor con las promesas divinas, y si las hinche mas este vencimiento y si es mas digno de Dios que las armas que fantasea su desatino. ¿Qué victoria, aunque junten en uno todo lo próspero en armas y lo victorioso y valeroso que ha habido, traída con esta victoria á comparación, tiene ser? Qué triunfo ó qué carró vió el sol que iguale con este? Qué color les queda ya á los miserables ó qué apariencia para perseverar en su error?

»Yo persuadido estoy para mí, y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversion del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra religión fuera de toda duda y cuestion, y hace argumento por ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad; por aguda y maliciosa que sea, sino que, por mas que se aguce y esfuerce, la doma y la ata y la convence, y es argumento breve y clarísimo y que se compone todo él de lo que toca al sentido. Porque ruégoos, Juliano y Sabino, que me digáis, y si mi ingenio por su flaqueza no pasa adelante, tended vosotros la vista aguda de los vuestros, quizá veréis mas; así que, decidme, hablando agora de Cristo y de las cosas y obras suyas que á todas las gentes, así fieles como infieles, fueron notorias, así las que hizo él por sí en su vida, como las que hicieron sus discípulos dél despues de su muerte, decidme, ¿no es evidente á todo entendimiento, por mas ciego que sea, que aquello se hizo ó por virtud de Dios ó por virtud del demonio, y que ninguna fuerza de hombre, no siendo favorecido de alguna otra mayor, no era poderosa para hacer lo que, viéndolo todos, hicieron Cristo y los suyos? Evidente es esto sin duda; porque aquellas obras maravillosas que las historias de los mismos infieles publican, y la conversion de toda la gentilidad, que es notoria á todos ellos y fué la mas milagrosa obra de todas; así que, estas maravillas y milagros tan grandes necesaria cosa es decir que fueron ó falsos ó verdaderos milagros; y si falsos, que los hizo el demonio, y si verdaderos, que los obró Dios.

»Pues siendo esto así, como es, si fuere evidente que no los hizo el poder del demonio, ¿quedará convencido que Dios obró? Y es evidente que no los hizo el demonio, porque por ellos, como todas las gentes lo vieron, fué destruido el demonio y su poder y el señorío que tenía en el mundo, derrocándole los hombres sus templos y negándole el culto y servicio que le daban antes, y blasfemando dél. Y lo que pasó entonces en toda la redondez del orbe romano pasó en la edad de nuestros padres y pasa agora en la nuestra, y por vista de ojos lo vemos en el mundo nuevamente hallado; en el cual, desplegando por él su victoriosa bandera, la palabra del Evangelio destierra por donde quiera que pasa la adoracion de los ídolos. Por manera que Cristo ó es brazo de Dios ó es poder del demonio; y no es poder del demonio, como es evidente, porque deshace y arruina el poder del demonio; luego evidentemente es brazo de Dios. Oh, cómo es luz la verdad, y cómo ella misma se dice y defiende y sube en alto y resplandece, y se pone en lugar seguro y libre de contradicción! ¿No veis con cuán simples y breves palabras la pura verdad se concluye? Que torno á decirlo otra y tercera vez. Si

Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios, porque entre ello no hay medio; y si Cristo destruyó el ser y saber y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué ministro ni fautor del demonio.

»Humillese pues á la verdad la infidelidad, y convencida, confiese que Cristo, nuestro bien, no es invencion del demonio, sino verdad de Dios y fuerza suya y su justicia, y su valentía y su nombrado y poderoso brazo. El cual, si tan valeroso nos parece en esto que ha hecho, en lo que le resta por hacer y nos tiene prometido de hacerlo, ¿qué nos parecerá cuando lo hiciere, y cuando, como escribe san Pablo (a), dejare vacías, esto es, depusiere de su ser y valor á todas las potestades y principados, sujetando á sí y á su poder enteramente todas las cosas para que reine Dios en todas ellas; cuando diere fin al pecado, y acabare la muerte y sepultare en el infierno para nunca salir de allí la cabeza y el cuerpo del mal? Mucho mas es lo que se pudiera decir acerca deste propósito; mas, para dar lugar á lo que nos resta, basta lo dicho y aun sobra, á lo que parece, segun es grande la prisa que se da el sol en llevarnos el día. Aquí Juliano, levantando los ojos, miró hácia el sol, que ya se iba á poner, y dijo: «Huyen las horas, y cuasi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones; mas para decir lo demás que os placiere no será menos conveniente la noche templada que ha sido el día caluroso.» «Y mas, dijo encontinentemente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando solo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desaparecido un auditorio tan grande.» Y diciendo esto y desplegando el papel, sin atender mas respuesta, leyó:

## §. II.

Es Cristo llamado *Rey*, y de las cualidades que Dios puso en él para este oficio.

«Nómbrase Cristo tambien *Rey de Dios*. En el salmo 2 dice él de sí, segun nuestra letra: —Yo soy Rey constituido por él, esto es, por Dios, sobre Sion, su monte santo. —Y segun la letra original, dice Dios de él: —Yo constituí á mi Rey sobre el monte de Sion, monte santo mio. —Y segun la misma letra, en el capítulo 14 de Zacarías: —Y vendrán todas las gentes y adorarán al Rey del Señor Dios.—»

Y leído esto, añadió el mismo Sabino, diciendo: «Mas es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y así, por no desplegarle mas veces, quíerolo leer de una vez;» y dijo:

«Nómbrase tambien *Príncipe de paz*, y nómbrase *Esposo*. Lo primero se ve en el capítulo 9 de Esaías, donde, hablando dél, el Profeta dice: —Y será llamado Príncipe de paz. — De lo segundo él mismo, en el evangelio de san Juan, en el capítulo 3, dice: —El que tiene esposa esposo es, y su amigo oye la voz del esposo y gózase. — Y en otra parte: —Vendrán días

(a) I, Corint., 15, v. 24.

cuando les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán. —»

Y con esto calló. Y Marcelo comenzó por esta manera: «En confusión me pusiera, Sabino, lo que habeis dicho, si ya no estuviera usado á hablar en los oídos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las mas de las noches, y tengo para mí que son sordas, y si no lo son y me oyen, estas razones de que agora tratamos no me pesará que las oigan, pues son tuyas, y de ellas las aprendimos nosotros, segun lo que en el salmo se dice (a): — Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado. — Y la gloria de Dios y las obras de que él señaladamente se precia son los hechos de Cristo, de que platicamos agora. Así que, oiga en buen hora el cielo lo que nos vino del cielo y lo que el mismo cielo nos enseñó. Mas sospecho, Sabino, que, segun es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las mas. Y como quiera que sea, viniendo á nuestro propósito, pues Dios en lo que habeis agora leído llama á Cristo rey suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios, claramente nos da á entender y nos dice que Cristo no es rey como los demás reyes, sino rey por excelente y no usada manera. Y segun lo que yo alcanzo, á solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey; y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar, y la otra está en la condicion de los súbditos sobre quien reina, y la manera como los rige y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera; las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ninguno otro, y por esta causa es él solo llamado por excelencia rey hecho por Dios.

»Y digamos de cada una dellas por sí. Y lo primero, que toca á las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle rey, comenzándolas á declarar y á contar, una dellas es humildad y mansedumbre de corazón, como él mismo de sí lo testifica, diciendo (b): — Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. — Y como decíamos poco há, Esaías canta dél (c): — No será bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará. — Y el profeta Zacarías tambien (d): — No quieras temer, dice, hija de Sion; que tu rey viene á tí justo y salvador y pobre, ó como dice otra letra, manso y asentado sobre un pollino. — Y parecerá al juicio del mundo que esta condicion de ánimo no es nada decente al que ha de reinar, mas á Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes á Cristo su rey, y que quiso hacerse en él un rey de su mano, que respondiese perfectamente á la idea de su corazón, halló, como es verdad, que la primera piedra desta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio tan soberano y tan alto no se podia sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se templa

(a) Psalm. 18, v. 1. (b) Matth., 11, v. 29. (c) Esai., 42, v. 3. (d) Zachar., 9, v. 9.

y reduce á consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entranable que tiene Cristo en su alma convenia mucho para hacer armonia con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepaja á todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazón humano que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, pero ello de sí no podia prometer ningun bien.

»Demás de que, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni á Cristo, por lo que á él y á su ánima toca, le fuera necesaria ó provechosa esta mezcla, á los súbditos y vasallos suyos nos convenia que este rey nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunica á todos por medio de la fe y del amor que tenemos con él y nos junta con él; y cosa sabida es que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia en los corazones mas bajos, no engendra afición, sino admiración y espanto, y mas arriedra que allega ó atrae; por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel afición y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comunique su bien, si no le considerara tambien no menos humilde que grande, y si, como su majestad nos encoge su inestimable llaneza y la nobleza de su perfecta humildad, no despertara osadía y esperanza en nuestra alma.

»Y á la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningun afecto ni arreo es mas digno de los reyes ni mas necesario que lo manso y lo humilde, sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio dellas y su verdadero conocimiento, y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente; y si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera que puede caber humildísima, pues como vemos, descendiendo á poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no solo en la obra de un vil gusano, sino tambien en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles; y eso mismo que nosotros despreciando hollamos los prados y el campo, aquella majestad no se desdeña de irlo pintando con yerbas y flores; por donde con voces llenas de alabanza y de admiración le dice David (e): — ¿Quién es como nuestro Dios, que mira en las alturas, y mira con cuidado hasta las mas humildes bajezas, y él mismo juntamente está en el cielo y en la tierra? —

»Así que, si no conocemos ya aquesta condicion en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso recibido y fundado daña las obras y pone tinieblas en la razón, y porque á la verdad, ninguna cosa son menos que lo

(e) Psalm. 112, v. 5.

que se nombran señores y príncipes, Dios en su Hijo, á quien hizo príncipe de todos los príncipes, y solo verdadero rey entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas ¿en qué manera la puso, ó qué tanta es y fué su dulce humildad? Mas pasemos á otra condicion que se sigue, que diciendo della; dirémos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza, porque son entre sí muy vecinas; y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho. Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, mas ejercitado que ningun otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo porque le habia de hacer rey verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo rey, como san Pablo lo escribe (a): — Fué decente que aquel de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al príncipe de la salud dellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal. — Y entreponiendo ciertas palabras, luego poco mas abajo torna y prosigue: — Por donde convino que fuese hecho semejante á sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. — Que por cuanto padeció él siendo tentado, es poderoso para favorecer á los que fueren tentados. En lo cual no sé cuál es mas digno de admiración, el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un rey para siempre, no solo de nuestro linaje, sino tan hecho á la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor, ó la infinita humildad y obediencia y paciencia deste nuestro perpétuo Rey, que no solo para animarnos á los trabajos, sino tambien para saber él condolerse mas de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba él en sí primero de todos.

»Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque, así como su imperio se extendia por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase á todos los hombres, probó en sí cuasi todas las miserias de pena. Porque, ¿qué dejó de probar? Padeden algunos pobreza; Cristo la padeció mas que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos; el padre de Cristo á la opinión de los hombres fué un oficial carpintero. El destierro y el huir á tierra ajena fuera de su natural es trabajo, y la niñez de aqueste Señor huye su natural y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasion de dolor á los suyos, el infante pobre, huyendo, lleva en pos de sí por casas ajenas á la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre tambien. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños mas siente, que es perder á sus padres, Cristo quiso ser y fué niño perdido.

»Mas vengamos á la edad de varón. ¿Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros, el no oído sufrimiento y fortaleza con

(a) Ad Hebraeor., 2, v. 10 et 17.

que los llevó, las invenciones y los ingenios de nuevos males que él mismo ordenó, como saboreándose en ellos; cuán dulce le fué el padecer, cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto, cómo quiso que con su grandeza compitese en él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padeció frío, vivió en extrema pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, solo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor, de todo aqueste afán el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores no cogió sino dolores y persecuciones y afrentas, y sacó del amor desamor, del bien hacer mal padecer, del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa, que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar una pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, ¿qué será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? ¿qué cuando lo desconoce, lo desagrada, lo maltrata y persigue? Dice David en el salmo (b): — Si quien me debía enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas mi amigo y mi conocido y el que era un alma conmigo, el que comia á mi mesa y con quien comunicaba mi corazón. — Como si dijese que el sentido de un semejante caso vencia á cualquier otro dolor. Y con ser así, pasa un grado mas adelante el de Cristo; porque, no solo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían dél estaban obligados á serlo, y lo que es mas, tomando ocasion de enojo y de odio de aquello mismo que con ningun agradecimiento podían pagar, como se querella en su misma persona dél el profeta Esaías, diciendo (c): — Y dije: Trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el señor y mi obra con el que es Dios mio. — Seria negocio infinito si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo lo que sufrió y padeció.

»Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y verémos cuánto se preció de beber puro este cáliz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último dél. Mas ¿quién podrá decir ni una pequeña parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que cualificó Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerró. Siéntese mas la miseria cuando sucede á la prosperidad, y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algun tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser recibido, y lo fué de hecho con triunfo glorioso. Y sabiendo cuán mal tratado habia de ser desde á poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese mas vivo, ordenó que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra que aquellos mismos que agora le despreciaban ocho dias antes le hicieron. Y tuvo por bien que cuasi se encontrasen en sus oídos las voces de «Hosanna, Hijo

(b) Psalm. 7, v. 5. (c) Esai., 49, v. 5.

de David», y de «Bendito el que viene en el nombre de Dios», con las de «Crucifícale, crucifícale», y con las de «Veis el que destruía y reedificaba el templo de Dios en tres días; no puede salvarse á sí, y pudo salvar á los otros». Para que lo desigual dellas y la contrariedad que entre sí tenían con las unas las otras causase mayor pena en su corazón.

»Suele ser descanso á los que desta vida se parten no ver las lágrimas y los sollozos y la tristeza afligida de los que bien quieren; Cristo la noche á quien sucedió el día último de su vida mortal los juntó á todos, y cenó con ellos juntos, y les manifestó su partida, y vió su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese mas amarga la suya. ¿Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche? Qué enternecimientos de amor? Que si á los que agora los vemos escritos el oírlos nos enternece, ¿qué sería lo que obraron entonces en quien los decía? Pero vamos adonde ya él mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. ¿Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le hería, llevándole al pensamiento y á la imaginación la prisión y la muerte, á que ellos mismos le acercaban buscándola? Mas ¿qué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogió tres de sus discípulos para su compañía y cohorte, y consintió que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido dellos, su cuidado y su pena del creciese mas.

»Derrocóse en oración delante del Padre, pidiéndole que pasase del aquel cáliz, y no quiso ser oído en aquesta oración. Dejó desear á su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer como si dijésemos vigilia della y morir antes que muriese, ó por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho y la otra en la imaginación del. Porque desnudó por una parte á su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representación de los males de su muerte y de las ocasiones della, tan viva, tan natural, tan expresa y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginación y figura por sí misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abrió las venas, y sacándole la sangre dellas, bañó con ella el sagrado cuerpo y el suelo. ¿Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano? Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer? No se contentó con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginación y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa, quiso entregarse á ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla él á su alma y mirar su figura triste, y detener el cuello á su espada, y sentir por menudo y despacio sus heridas todas, y avivar mas sus sentidos, para sentir mas el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuánto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

»Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendí acerca desta agonia de Cristo, no entiendo que fué el temor el que le abrió las venas y le hizo sudar gotas de sangre; porque, aunque de hecho temió, porque él quiso temer, y temiendo probar los accidentes ásperos que trae consigo el temor; pero el temor no abre el cuerpo ni llama afuera la sangre, antes la recoge adentro y la pone á la redonda del corazón, y deja frío lo exterior de la carne, y por la misma razón aprieta los poros della. Y así, no fué el temor el que sacó afuera la sangre de Cristo, sino, si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su ánima, con que salió al encuentro y con que al temor resistió, ese con el tesón que puso abrió todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en sí de todos nuestros dolores, y vencerlos en sí para que después fuesen por nosotros mas fácilmente vencidos, armó contra sí en aquella noche todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintió que todo ello de tropel y como en un escuadrón moviese guerra á su alma. Porque figurándole todo con no creíble viveza, puso en ella como vivo y presente lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores como en esa misma alma con tristeza y congojas. Y juntamente con esto, hizo también que considerase su alma las causas por las cuales se sujetaba á la muerte, que eran las culpas pasadas y porvenir de todos los hombres, con la fealdad y graveza dellas, y con la indignación grandísima y la encendida ira que Dios contra ellas concibe; y ni mas ni menos consideró el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los mas de los hombres.

»Y todas estas cosas juntas y distintas, y vivísimamente consideradas, le acometieron á una, ordenándole él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyó ni rindió á estos temores y fatigas apocadamente su alma, ni para vencerles les embotó, como pudiera, las fuerzas; antes, como he dicho, cuanto fué posible se las acrecentó; ni menos armó á sí mismo y á su santa alma, ó con insensibilidad para no sentir, antes despertó en ella mas sus sentidos, ó con la defensa de su divinidad bañándola en gozo, con el cual no tuviera sentido del dolor, ó á lo menos con el pensamiento de la gloria y bienaventuranza divina, á la cual por aquellos males caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos y volviéndola á aquesta otra consideración, ó templando siquiera la una consideración con la otra; sino, desnudo de todo esto, y con solo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo á todos cara y luchó, como dicen, á brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo y lo sujetó debajo sus pies. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró á la victoria, llamó afuera los espíritus y la sangre, y la derramó. Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse á nuestros dolores, haciendo en sí prueba dellos, según esta manera de decir, aun se cumple mejor. Porque, no solo sintió el mal del temor y la pena de la congoja y el trabajo, que es sentir en sí

divertidos deseos, y el desear algo que no se cumple, pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio y contra su misma imaginación, y el resistir á las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente á los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y él peleando uno contra tantos, valerosamente vencerlos con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó.

»Mas ¿de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído á muerte por sus mismos amigos, como ello fué en aquella noche de Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado, el dolor del trocarse los amigos con la fortuna, el verse, no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente; la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma, y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez, males que solo quien los ha probado los siente; la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía, el color de religión adonde era todo impiedad y blasfemia, el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. Con todas estas amargas templó Cristo su cáliz, y añadió á todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escarnios, las hefas, los rostros y los pechos de sus enemigos bañados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles, y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo, mejorándose, á dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado á este punto, el tornar súbitamente á empeorarse después.

»Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, y se recogió á tratar dello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento del pleito Pilato á Heródes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, ¿quién no esperó breve y feliz conclusión? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, á quien con tantas buenas obras Cristo tenía obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida ó al que restituía los muertos á vida; cuando avisó su mujer al juez de lo que había visto en visión, y le amonestó que no condenase á aquel justo, ¿qué fué sino un llegar casi á los umbrales del bien? Pues este subir á esperanzas alegres y caer dellas al mismo momento, este abrirse el día del bien y tornar á escurecerse de súbito, el despintarse improvisamente la salud que ya se tocaba. Digo pues que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha, que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien y desaparecerse, deshaciéndoseles entre las manos cuando les llega, probó también

en sí mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

»Infinito es lo que acerca desto se ofrece, mas cánsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansó en padecer. Dejó la sentencia injusta la voz del pregon, los hombros flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio centro de aqueste nuestro gran rey, los gritos del pueblo, alegres en unos y en otros llorosos, que todo ello traía consigo su propio y particular sentimiento. Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa, Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes mas sensibles del cuerpo es tormento grandísimo, con clavos fueron allí atravesados los pies y las manos de Cristo. Y porque fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las mas viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo, antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural y el afecto humano y comun, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz, ofreciéndoselo á Cristo, le desechó. Porque daban á beber á los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino conficionado con mirra y encienso, que tiene virtud de ensordecir el sentido y como embotarle al dolor para que no sienta; y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

»Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro rey en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo ó en qué sentido suyo no llegó el dolor á lo sumo? Los ojos vieron lo que visto traspasó el corazón, la madre viva, y muerte presente. Los oídos estuvieron llenos de voces blasfemas y enemigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustó hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no tocó cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin dió licencia á su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó á sentir nuestra vida despojada de su calor, lo que solo le quedaba ya por sentir los fríos tristísimos de la muerte, y al fin sintió y probó la muerte también.

»Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que agora Cristo, que reina glorioso y señor de todo, en el cielo nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse á trabajos. ¿Cuántos hombres, ó por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nombre? Y con ser así, que él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de en la opinión de los hombres padecer esta afrenta en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse así del y para con-